

## **De Kabul a Islamabad**

**Javier Aisa**

**Área Internacional y de Derechos Humanos de IPES**

Las fuerzas aliadas combaten en el sur de Afganistán, para controlar un territorio dominado por los talibanes. Su intención es también impedir que esa zona fronteriza con el Baluchistán paquistaní sea un coladero por donde las milicias extremistas vayan de un lado a otro a sus anchas, como sucede a lo largo de toda la línea Durand, un invento colonial creado por Gran Bretaña en 1893 para crear un estado tampón entre Rusia y la India británica.

No obstante, los objetivos de la operación militar son más amplios. Se trata de debilitar al máximo a los insurgentes más radicales y demostrar al resto que la presión militar de la coalición no ha disminuido, con la mirada puesta en un proceso negociador favorable a Estados Unidos, Gran Bretaña y al gobierno de Kabul. El presidente Karzai y dirigentes y expertos occidentales estiman que es inevitable incorporar a los talibanes a la gestión del país. Arabia Saudí – cuyas fundaciones han contribuido tanto a la financiación del yihad afgano - ha mediado en varios encuentros.

Pero la realidad es mucho más oscura y peligrosa y puede acarrear que esta acción militar sea inútil. Y es que los talibanes se han reforzado y actúan en 30 de las 34 provincias del país, junto con otros grupos. Atacan cuando comprueban la indecisión y fragilidad del enemigo. Han sido capaces de infiltrarse en las fuerzas de seguridad, formar unidades especializadas (el Lashkar Al-Zil o Ejército de la sombra, junto a los talibanes paquistaníes, Al Qaeda y el Hezb-i-Islami afgano) y variar sus tácticas guerrilleras clásicas para escoger blancos específicos y de más impacto, como los últimos atentados en la capital o contra la base de la CIA en Khost. Si pierden terreno, se retiran y luego reaparecen en otras zonas.

Además de los negocios sucios del gobierno de Karzai y sus amigos, el

escaso conocimiento de las fragmentaciones clánicas y religiosas por parte de los occidentales, los ataques indiscriminados contra la población y la ineficacia en la reconstrucción han provocado que los insurrectos consigan nuevos partidarios. Por otro lado, los talibanes compran voluntades merced a los ingresos del cultivo del opio y a la implantación de un orden riguroso, aceptado como mal menor por una sociedad tradicional y extremadamente conservadora.

Los talibanes pueden considerar que la oferta de conversaciones significa que las fuerzas internacionales y Kabul reconocen la imposibilidad de vencer totalmente. En consecuencia, no necesitan reuniones, sino esperar a que las tropas extranjeras se vayan tarde o temprano – por un coste excesivo en bajas y recursos económicos y escasa voluntad política – y que el régimen afgano pierda apoyos y caiga como fruta madura. El triunfo de los talibanes será un ejemplo para que todos los grupos en la órbita de Al Qaeda se extiendan y aspiren a ganar en otros lugares.

Hamid Karzai es muy hábil en sacar provecho de cualquier situación e insiste en pactar para apuntalar un poder totalmente desprestigiado. Se habla mucho de compromisos y operaciones armadas, pero apenas de un desarrollo económico efectivo, de gobernabilidad democrática y de la soberanía del Parlamento afgano. Todo puede empeorar si los tayikos y hazaras, que dominan el Ejército y la policía, reaccionan violentamente en caso de la vuelta al gobierno de los talibanes.

Crece la inquietud en Pakistán ante un posible proceso negociador. El Ejército y los servicios secretos (ISI) temen que su enemigo desde 1947, la India, profundice la alianza con Karzai, gracias a numerosas inversiones y programas de ayuda, y el “país de los puros” quede atrapado entre dos fuegos. Por este motivo - una coartada para dirigir el destino de Pakistán- quieren conservar su influencia en Afganistán, especialmente tras el inicio de la retirada de los EEUU programada para mediados de 2011. De esta manera, los militares paquistaníes dejan libertad de acción a los talibanes

afganos en sus refugios de las Zonas Tribales y el norte de Baluchistán. A la vez, con soldados punjabíes por desconfiar de los pashtunes - mayoría en estos territorios- y fuerzas especiales antiterroristas atacan desde el otoño del año pasado las bases de sus propios grupos yihadistas, que ponen en jaque al gobierno de Zardari con atentados que van desde el Sind al Punjab. Los programas de reconstrucción, empleo y reformas políticas y judiciales, a los que aspira la población de esas regiones, quedan en segundo plano para asegurar todavía más la funcionalidad de las fuerzas armadas.

El panorama es muy desalentador. Sin mejoras en las condiciones de vida; ni líderes políticos fiables, ni expectativas próximas de una democratización real; con una espiral de violencia cada vez mayor y mientras se cocina un compromiso con los talibanes ¿para qué ha servido la guerra?